

llevada á término por Pedro IV. En la Historia siempre debemos alabar á Dios, como delante de los grandes y maravillosos espectáculos de la naturaleza. El mal pasa, el crimen es castigado, y en el fondo de toda época, siempre queda algún bien que mueve el ánimo y le da alas para volar al cielo y rendirse de hinojos ante el Dios de la libertad y de la justicia.



CAPÍTULO SEGUNDO

Génesis del Terror.

ARLOTA quiso redimir á la Gironda, y sólo supo hundirla en el abismo. No conozco error alguno tan grave como prestar á la venganza forma y semblante de justicia. El crimen, á consecuencia del asesinato, pidió justificaciones y fuerzas á la virtud. Para los montañeses no cupo duda de ningún género respecto del origen y causa de la inmolación del triunviro: la enemiga de los girondinos. Así, airadisimos se revolvieron á una contra estos y juraron acabar con todos ellos. Este ojeo comenzado en las matanzas de Septiembre contra los realistas y contra los nobles, continuado el treinta y uno de Mayo en las empresas políticas y conjuras siniestras urdidas contra la Gironda y comandadas por el tigre ferocísimo que se llamó Henriot, agravóse durante la última persecución abierta por Junio del noventa y tres, en que morían acosados como fieras y deshonrados como criminales todos aquellos oradores, verdaderos legionarios atenienses, dignos de figurar en las Agoras helenas, cuyas inspiraciones formularon la república en los espacios del espíritu, y cuyos esfuerzos la extendieron y la dilataron en los espacios de la realidad y en los senos de la vida. El risueño Loira infestado de vendeanos; bombardeada Nantes por la guerra civil; todos los rapaces y nocturnos pájaros de la reacción clerical oscureciendo los aires de Francia y apagando las luces del siglo; Angers entregada y vendida bajo el peso de la fatalidad á los facciosos; Marsella de tal modo inquieta, que no sabíamos si pugnaba por la reacción ó si por la libertad; Lyon, bajo apariencias girondinas, sublevado por la monarquía; una parte de la

tierra occidental en poder de Carlos IV, y otra parte de la oriental en poder de Federico Guillermo; Tolón por los ingleses y Montelimart por los reaccionarios; incendiada Normandía; Caen convertido en rival de París; dentro de Rouen asambleas subvertidas; batallones improvisados contra la unidad nacional; el pabellón federalista extendido como un verdadero sudario; setenta y dos provincias amenazando, pero sin retroceder hasta la servidumbre ni guardar la libertad; Custine acusado y de rodillas puesto ante sus jefes en demanda de la vida; los voluntarios con mucho estro patriótico, pero con escasa organización y disciplina; el ayuntamiento de París en su omnipotencia; la Convención en expurgo continuo; el suicidio invocado por los perseguidos; la guillotina cúspide y remate de Francia; Burdeos proclamando y desmintiendo su antigua fe política; en la Conserjería madame Rolland; en las cavernas Mr. Buzot; el comité de Salvación Pública personificado por la tiranía de Robespierre; el núcleo de la Gironda sin asilo en los campos y entregado á la ira de los mares; el despotismo arriba, y abajo la más incurable anarquía; una Constitución escrita, y desde que se escribió suspensa; los partidos consagrados á su mutuo exterminio; la pena de muerte aplicada y extendida como en los tiempos de Tiberio; hé ahí la verdadera situación de aquel gran Estado que había creído encontrar el reinado de la filosofía con la cristalización del Cristianismo en sus nuevas instituciones, y sólo encontró la matanza, el degüello de una desenfrenada barbarie. No tiene remedio. ¡Qué placentera y voluptuosa y sensual aparece la concepción del hombre, y qué triste y qué doloroso y qué manchado de sangre su nacimiento! La Enciclopedia concibió la república en lo puro del cielo de una grande abstracción; y la parió el horrible período revolucionario. Por eso la Enciclopedia fué tan serena y tan tormentosa la revolución, en observancia y cumplimiento de leyes incontrastables. Hubo entre ambas la diferencia que hay entre la concepción y el parto.

La muerte de Carlota Corday abre la época más clásica del terror francés. Ya vimos en la debida oportunidad su tierna mano fulminando el puñal como si fuese un rayo y en la fulminación Marat muerto, sin tener tiempo más que de dar un grito, en cuyos acentos se quejaba del criminal atentado y pedía el necesario socorro. La querida del asesinado entró al eco y reclamo de tal grito. Un comisario le seguía fuera de sí. Marat mostraba entre sus dedos apretados por la última convulsión aquella pluma con que á tanto mortal asesinara y tenía su pálida faz de ogro echada sobre la cabeza del baño con una expresión horrible de rabia y dolor, como si le doliese no haber arrastrado consigo al sepulcro toda la humanidad. Carlota, de pie, serena como la justicia, fría como la fatalidad, sin volver los ojos á su víctima, sin mostrar ni satisfacción, ni arrepentimiento, parecía una estatua. El hombre, llegado allí al lado de la Marat, cogió una silla y le asestó un tremendo silletazo á la cabeza. Carlota, como sino fuera de carne humana, como si fuera de mármol penthético ni se movió ni se quejó, imperturbable y estoica. La escena del crimen se llenó de curio-

sos. Los gritos y exclamaciones bajaron por la escalera, salieron por las puertas y ventanas, llegaron hasta la calle, despertando la general curiosidad. Poco á poco el barrio entero se aglomeraba en la calle del maratesco tugurio. Así no fuera maravilla se hallara entre los concurrentes un cirujano. La mujer de Marat se dirigió á él en demanda de auxilio por si algún recurso guardaba para tan extremo caso la ciencia; y el cirujano en su saber y entender no hizo más que certificar la irremediable muerte. Al oír esto la Marat lanzó agudos sollozos y una parte de la multitud quiso trucidar á Carlota y se puso en actitud aparejada por completo á la realización de su propósito. Impidieronlo con presteza y oportunidad los milicianos allí presentes que subieran á los dolorosos gritos. No hicieron más en castigo de la criminal que atarle ambas manos, precaución inútil, porque Carlota no se movía y ni siquiera intentaba salvarse por la fuga. Un espectador le cogió el puñal, y blandiéndolo en los aires, pronunció un discurso ajustado á las circunstancias, especie de acusación fiscal contra Carlota fulminada y que Carlota oyó cual si oyese llover. Sin embargo, un hecho la conmovió con profunda conmoción y la puso nerviosa: el dolor mostrado por la viuda de Marat. Acostumbrada desde su niñez á considerar el triunviro fuero de la humanidad, sin afectos y sentimientos humanos, consagrado como un fabuloso vampiro á chupar sangre y más sangre, no concebía pudiera despertar en ésta el amor logrando tener junto á sí aquella criatura más malherida y acabada que él mismo por su muerte. Mas tal es la naturaleza humana. No existe ningún sér, aunque sea Marat en persona, falto por completo de la cualidad de hacer bien. Y no solamente contaba el homicida con aquella mujer que se le uniera por los lazos del amor, contaba con un hermano que le quería mucho y con una hija que ha llegado hasta nuestros días. Siempre hay en el infierno algún resquicio por donde penetra el éter de los cielos. Siempre queda en Luzbel alguna huella de la esencia y substancia de ángel, que le hizo perder su vicio capitalísimo, la soberbia. El espanto de Carlota no tenía límites. Imaginaba que aquel hombre debía ser aborrecido de todos, hasta de sus padres, á los cuales imaginaba en sus cavilaciones arrepentidos de haber dado tal presente á la misera humanidad, que disminuía sus progresos y aumentaba sus miserias. Confusa delante de aquel no aguardado fenómeno, decía la cuitada entre dientes: «Y le amaba,» viendo el afecto, pero sin poder explicarlo.

A los pocos instantes llegó la policía oficial del barrio. Con ella entraron varios diputados, quienes advertidos del suceso, iban desalados á conocerlo y enterarse. Todos creían habérselas con un monstruo avezado al crimen y ebrio de sangre. Aquella mujer se les aparecía como un marimacho sin entrañas, á quien había de concluir aplastándolo como se aplastan los sapos arquerosos producidos por una lluvia estival. Pero ¡cuánto no sería su asombro al ver una muchacha hermosa, tierna, inocente, de mirar profundo, de labios puros, de sonrisa placentera; inmóvil como si fuera un verdadero símbolo de la virtud; creyendo haber prestado un servicio inapreciable á su patria, Francia. Cuantos querían

á una concluir con ella, depuesta en su presencia la cólera, se redujeron á interrogarla. Carlota respondió á las interrogaciones con la debida congruencia. Cuando le dirigian alguna pregunta indiscreta, y por indiscreta incontestable, se alzaba de hombros, y sonriéndose tranquila, dábale de mano con la mejor y más exquisita urbanidad. La firmeza no reñía en ella con la sencillez. Para decir sobre todo verdad confesaba su crimen y añadía hubiera escapado al castigo, si encuentra por alguna parte alguna escapatoria. Sin embargo, cuando la tentó el deseo de publicidad, y tuvo que fingir un manifiesto á la Nación, aseveró el propósito de morir para juntar en torno de su cadáver, como en torno de un verdadero simulacro, á todos los amigos de la libertad y de la patria. Después de haberla interrogado, procedieron al registro, encontrándole su pasaporte desde Caen á París, su fe de bautismo legalizada, una modesta cantidad, la llave de su maleta, el reloj de bolsillo, un dado de marfil, un carrete de hilo, agujas para el recosido de sus trajes y jabón para el aseo de su persona. Registrada y recogidos los objetos de su pertenencia, pasó á la prisión, sita muy cerca del lugar habitado por Marat. Aquel breve paso de uno á otro sitio, resultó larga calle de amargura. Llenábanlo hasta henchirlo tanto y tanto correligionario como tenía en París el tribuno. Este franciscano que le había bebido en el clud la palabra; el otro rojo, asistente á sus conjuraciones y partícipe de sus peligros; el montañés de tal origen; todos los demagogos exagerados se arrancaban los pelos y pateaban sobre el pavimento, profiriendo de los labios cárdenas palabras de muerte contra Carlota y amenazando con los puños crispados despedazarla. En algunos momentos la infeliz creyó que pasaban de los gestos á los actos y se sintió mal, viéndose derribada en el suelo, rota en pedazos, y repartido entre aquellas manadas de fieras en una cena de caníbales. Mas llegó hasta su prisión muy sana y muy salva, repuesta de sus temores y decidida con decisión grandísima, sin vacilaciones, ni dudas, ni resistencias, á la triste aceptación de un sacrificio, al fin y á la postre, voluntario. Abierto y formado el juicio estuvo al nivel de cuanto prometiera en la reflexiva y serena perpetración de su meditado y reflexivo crimen. Así no dió excusas, no buscó atenuantes; presentóse ante la justicia, no como un reo sujeto á juicio, como la justicia misma distribuida por sus manos é impuesta por su valor.

Muchas interrogaciones la importunaron; pero á todas respondió en debida congruencia y con admirable serenidad. El farfanton de Legendre, muy pagado de sí mismo y muy arrogante, creyéndose indispensable á la República, y por ende amenazado de muerte como los buenos republicanos, le pregunta si había ó no ido la tarde anterior á su casa en hábito de religiosa, y Carlota le respondió que nunca pensara ni en su persona, ni en su hogar, pues no le consideraba con bastante poder ó influjo para servir ó deservir la libertad. Chabot, el célebre capuchino, demagogo en su política general; desmoralizado en sus costumbres privadas como todos los frailes apóstatas; retuvo el reloj de la pobre

víctima, y ésta le dijo con gesto de menosprecio y sonrisa de desdén, que había oído ser obligatorio en los encapuchados de San Francisco el voto de pobreza. Chabot, sintió dolor profundísimo al dardo y se vengó allí mismo con descortesías é irreverencias indignas de un hombre, obligado á reconocer hasta en las más humildes mujeres algo sacratísimo, la debilidad y tertura del sexo á que pertenece la madre, sin duda el sér más santo y más querido por el amor de todos en la creación universal. Ciego de resentimiento, y ayudado de la superstición jacobina, pugnó por encontrar pruebas á sus recelos que sospechaban haber provenido el atentado aquel como hechura y obra propias de los descarriados girondinos. Mas Carlota no daba ni motivo, ni pretexto alguno siquiera para tales sospechas. En sus previsiones, todo estaba de tal manera y modo apercebido, que no dejó cabo suelto capaz de abrir alguna vía en el intrincado laberinto de sus ocultas intenciones. El brutal Chabot supuso que llevaba Carlota en el pecho un papel acusador y tendióle la mano con ánimo de arrancarle la pañoleta y encontrar el documento codiciado como prueba de los orígenes del crimen. Carlota, ofendida en su dignidad de mujer, sintió todos los vapores de la indignación subirsele á la cabeza, y se arrojó atrás, con tal violencia, que rompió las ligaduras de sus manos, y pudo así ocurrir á reparar el bárbaro ultraje y á cubrir el pecho. Los circunstantes se apiadaron y concurrieron á servirla en aquel trance, aprovechado por ella para ponerse sobre las manos los guantes y sobre los guantes las ligaduras con las cadenas. Trasládronla por fin á la Consergeria, donde aprovechó las horas de soledad escribiendo á Barbaroux, no movida como quiere la calumnia, por un amor que nunca sintiera, movida por el deseo de mostrarse tranquila y enseñoreada de sí en los dinteles de la muerte, y ante los juicios de la posterioridad, y los rigores de la política. Una ilusión la poseía y dominaba por completo, la ilusión de que importaban mucho los girondinos en toda Normandía; la ilusión de que Caen á maravilla desempeñaba su difícilísimo papel como improvisada capital nueva; la ilusión de que afluían al seno de tal ciudad voluntarios, encendidos en el amor al ideal, resueltos por los empeños de la guerra santa, próximos á un triunfo, el cual anulase la Montaña convencional y trajese una verdadera República. Carlota imaginaba su acto decisivo y trascendente á todos los tiempos. Así denominó el año en que concluyera con Marat, año primero de la paz. Por tal modo se fascinaba con este dulce bien de la paz que dentro de sí misma la experimentaba y se creía feliz sobre las losas de un calabozo y bajo la cuchilla de un patíbulo. Marat, vivo, según ella, paralizaba todos los movimientos pacíficos; muerto Marat, echaríanse los franceses unos en brazos de otros y recomenzaría el augusto reinado de la reconciliación universal.

Para inaugurar este reinado comenzó escribiendo á su padre, muy atribulado, una carta en requerimiento y demanda de perdón. Natural á ella el estilo de la centuria décima-séptima, estilo tan español, parecía la carta como un borrador del gran poeta Cor-